

María Monvel

## Ninita Debhora

**N**INITA Debhora tiene una hija de once a doce años, pero es más niña que su propia hija. Ninita Debhora fué siempre lo mismo. Cuando su madre vivía y ella tenía diez años aproximadamente, demostraba ya este temperamento pueril que no había de abandonarla. Tenía un hermanito pequeño a quien acunaba de noche con las viejas cantatas:

«Duérmete, niño mío,  
que viene el coco...»

Ninita Debhora se empeñaba en que su madre le cantase las mismas canciones. La madre no accedía, naturalmente, y Ninita se dormía sola, tan acongojada, que en la noche suspiraba con profundos suspiros. La madre atribuía estas extrañas demandas a un mero espíritu de imitación.

—¡Pero Ninita, tienes once años y tu hermanito tiene tres!

—No importa,—era la respuesta implorante,—quiero que me mezas!

Cuando mamá accedía, que solía acceder, Ninita estaba feliz completamente. Abrazaba el cuello de su madre y se dormía con una cara de éxtasis sonriente.

A cada paso era tratada por su madre de «muchacha grande», «guagualota», por el hábito de empequeñecerse de Ninita Debhora.

A veces era arrastrada de una oreja hasta el espejo grande del dormitorio.

—¿Ves? ¡Qué enorme eres! Ya alcanzas a mamá, y quieres tomar el desayuno en mamadera...

Ninita miraba sus largas piernas con enfado.

—Mamá, ¿no habrá algún remedio para ser pequeña? ¡Yo no quiero ser grandel!

La madre se reía.

—Pues eres la primera muchacha que no quiere ser grande. El sueño de mi vida a tu edad, era tener quince años.

A pesar de todo Ninita no era tonta. Por lo menos obtenía en el colegio los primeros puestos. Entendía las lecciones con facilidad, y todas las cosas en general, menos la obligación de crecer. Cuando tuvo quince años jugaba a las bolitas y al trompo y a echar al aire globos de jabón. Le gustaban las muñecas, el columpio y los cuadernos de dibujo. Jamás había mirado a un muchacho y el amor le sonaba como una palabra vacía. A los diecisiete años flirteó por primera vez con un marino, comprometida por las burlas de sus compañeras.

—¿Pero no le gusta ninguno?

—Yo a los trece años tuve mi primer novio.

—Y yo a los doce.

—Y yo... a los nueve!

Ninita reconoció que ella estaba en falta. La verdad es que nadie la había cortejado nunca, nunca nadie le había escrito una carta de amor... Tuvo un sobresalto: temió quedarse solterona. En el colegio había una profesora solterona con peluca postiza y dientes postizos. Las chiquillas le llamaban «la solterona» con tanto desprecio como si le hubiesen dicho «la ladrona». Ninita tuvo miedo.

Aquella tarde se miró al espejo con verdadera atención para ver si era fea. Le pareció que el espejo le devolvía una imagen desabrida y sin gracia. Se peinaba con dos trenzas espesas de color de miel. Tenía bonitos ojos azules y una boca roja y redonda. Esto no era feo, sin duda, pero el conjunto... Se miró de cuerpo entero. Era bien hecha, con el cuello redondo, las

manos con oyuelos, las caderas finas y alta de pecho. Sin embargo no tenía aire, chic, qué se yo! Niníta cogió un figurín donde aparecía una muchachita. Se comparó con él y se encontró gruesa, con las piernas abultadas por las medias de lana y el pie agrandado por el taco bajo. Corrió donde su madre.

—¿Cómo soy yo, mamá?

—¿Cómo eres tú? No entiendo. ¿Qué quieres decir?

Niníta enrojeció.

—¿Soy... fea?

—¿Qué dice tu espejo? ¡Siempre con tus extravagancias!

—El espejo no me dice nada. Dime si soy fea.

—¡Niníta!

—¡Dímelo, mamá, te lo ruego!

—¡Ya lo creo que eres muy fea!

—¡Mentira! Tengo bonitas trenzas...

—¿Y qué más?

—Ojos bonitos, dientes blancos...

—Total, una belleza. ¿Para qué me pides mi opinión?

—Algo tengo que no me gusta... Creo que el cuerpo, las piernas, no sé. (Miró a su madre casi con angustia; la madre se ablandó. La besó en la frente).

—¿Cuándo vas a empezar a ser una mujercita, vamos?

Su flirteo con el marino duró poco. El muchacho se aburría de Niníta a pesar de su belleza. No conseguía de ella una charla de amor, ni siquiera breve. No se dejaba besar, ni coger una mano... El marinerito era poco romántico y se retiró.

Pero Niníta era hermosa realmente, y su juvenilidad, su inocencia, poseían una originalidad penetrante. Un intelectual aburrido de marisabidillas, se casó con esa chicuela culta y que sin embargo hablaba sólo de cosas insignificantes; y aun esto, en proporción escasa. Niníta tenía tanto miedo de quedarse solterona, que aceptó, aunque no tenía más que veinte años. Además su marido era guapo y la trataba en pequeñita como ella quería, cantándole las canciones que se negara a cantarle su madre:

Duérmete, niña mía,  
que viene el coco...

Tuvo una hija, o, más bien dicho, su marido tuvo dos hijas en vez de una. Niníta se dividió en dos: una grande y otra pequeña. El marido las llamaba «mis hijas» y las mimaba por igual. Niníta era un punto más regalona.

Cuando Beatriz, la niña, tuvo seis años, parecía ya mayor que Niníta, tenía más juicio a lo menos, y se interesaba más que mamá en las cosas serias. Niníta continuaba llevando sobre poco más o menos la misma existencia. Felizmente su marido la quería lo mismo. Para él, hombre imperioso aunque lleno de bondad y de talento, esa mujercita que no opinaba, que hablaba siempre de cosas pueriles y llenas de gracia, constituía un alivio espiritual.

Cuando Niníta cumplió treinta años, su marido le llevó el regalo acostumbrado. Al entregárselo después de los mimos y besos de costumbre, le preguntó:

—¿Cuántos años cumples?

—Niníta escondió la cabeza en los brazos de su marido y susurró muy despacito, temiendo ser oída hasta por las paredes:

—Treinta años...

El marido dió un salto.

—¿Treinta años, tú? ¿Estás loca, Niníta?

—¿Pero cuántos crees que cumplo?—dijo ella ofendida.

—Pues ¡qué sé yo! Dieciocho, veinte, puede que veinticinco; ¡pero treinta!

—¡Me encuentras vieja!...

Su marido le besó las manos.

—Te encuentro prodigiosamente joven, una niña siempre. ¡Es inverosímil que tengas treinta años, es completamente inverosímil!

Niníta no se inmiscuía poco ni mucho en la vida doméstica. Se procuraba buenos criados y aquello marchaba a la buena de Dios. Sin embargo, su sola presencia y una que otra indi-

cación alinada llevaban la cosa más o menos. Ninita se entretenía en léés, en teatros amenos, en circos y en espectáculos infantiles. En las plazas de juego se divertía mirando jugar a los niños con irresistible deseo de jugar ella también, de brincar y saltar. A veces, con pretexto de columpiar a un pequeñín, se subía a un columpio y se mecía encantada. En sus ojos brillaba una alegría profunda y una especie de ansia de jugar también, como jugaban los pequeños.

Convenció a su hija de que el ejercicio era útil e instaló en su jardín una verdadera plaza de juegos so pretexto de que Beatriz hiciese uso de ella, pero en realidad con el objeto de saltar a la barra y columpiarse al anochecer, procurando que no la viesen los criados.

Su marido, apacible y soñador, se reía de estas inclinaciones de Ninita y parecía quererla más por ello. La verdad es que no tenía esposa. Ninita no sabía una palabra de sus negocios, de sus preocupaciones ni mucho menos de sus lecturas. Hombre morigerado y perfectamente equilibrado a pesar de su trabajo mental, vivía tranquilo sin desear otra mujer: la charla de las intelectuales le fatigaba, y reflexionaba que no eran mujeres agradables para esposas. La otra categoría de mujeres, la más común, le parecía frívola e insincera. Prefería a su Ninita de todos modos. Ninita era mejor. Sin embargo, sentía de repente una especie de soledad física y moral. Ninita era tan niña. Sus relaciones tenían siempre algo de estupor... Y cuando le acometía alguna duda no tenía donde resolverla. En las calles, en los tranvías, en la oficina, las mujeres extrañas solían arrojarle al paso una especie de oleada de tentación. En una conversación indiferente, solía atender a la boca de su interlocutora, una boca sensual o roja, o simplemente una boca de mujer tan diferente a la boca infantil de Ninita. Pensaba en un beso de esa boca, pero lo rehuía con un gesto vago. Le faltaba el rictus, el dulce rictus de la boca de su mujer. Conversando una vez con una muy sesuda y hermosa, se dijo: «Esta... no se estaría mal con esta... No se estaría solo, abrumado solo con la responsabilidad de

mi mujer-hija». Pero la veía dormir junto a él con un rictus enérgico, y la repulsa volvía a aparecer en su fisonomía:

—Es como un hombre... ¡no, no por Dios!

Sometido al deber, sus placeres estaban supeditados a los goces que lograba encontrar para proporcionarlos a sus «hijas».

Ninita por su parte sentía constantemente un malestar extraño. No por falta de inteligencia, sino por falta de concentración propia de su carácter, nunca pensó en el origen de ese malestar. De seguro que estimaba su «sensación» como natural en la existencia. El hecho real era que, naturalmente, una «niña» con trajes y obligaciones de mujer, no puede ser feliz.

La madurez, la de su carne por cierto, la embellecía, como ocurre generalmente, y Ninita estaba cada vez más hermosa. Se vestía con sencillez por molicie, pero con un buen gusto refinado que cuadraba a su gran laxitud de niño aburrido.

Su marido no tenía amigos—conocidos no más—y Ninita había tenido más de un enamorado entre los muchachos. Alguno le paseaba la vereda al atardecer; el otro soñaba en una ilusoria aventura. Las puertas de Ninita no se abrían para nadie.

Ninita hizo conocimiento con una señora de letras. A Ninita poco le gustaba esta clase de mujeres. Le parecía que hablaban con demasiada sapiencia, con un tono demasiado autoritario, y además se le ocurría pensar que la miraban con desprecio porque ella no había leído a Proust, por ejemplo. Además eran muy aburridas. Generalmente eran muy agrias de carácter, y no les gustaba nunca nada. En su compañía, ella no se atrevía a proponerles ir al Cine cómico de Harold Lloyd, de Chaplin, del Turnio, que era el que prefería. No les gustaba el juego, ni se podía soñar en convidarlas a mirar ventanas, que era otro de sus placeres. Ninita las detestaba. Tenían otra maldita condición. Siempre hablaban con su marido, y como eran mujeres, ella no tenía el recurso de retirarse tranquilamente como hacía con los varones cuando venían a «lalear», era su expresión, de literatura. A esta dama, se llamaba Sofía, Ninita le sacó el cuerpo todo lo que pudo, pero fué tan amable, tan cordial, tan

lina, que se resolvió a invitarla para sus téés de los Miércoles. Ninita se había fijado un día para recibir, por comodidad, y a su casa venía el elemento más frívolo que puede darse en lo que toca a mujeres, que en cuanto a los hombres, solían llegar algunos literatos a conversar con Víctor, pero esto no era asunto de Ninita. Sofía se apresuró a venir. Ella se consideraba una mujer de letras. Es cierto que aunque nada había producido ni siquiera de mediana importancia, no podía negarse que era lo que se dice una mujer letrada. Estaba al tanto de lo que se lee y se escribe en el mundo, si no por directo conocimiento, al menos por referencias. Era muy inteligente y tenía gran soltura de palabra. De físico no era propiamente una mujer bonita, pero sí sana, fresca y agradable. Ninita era un niño. Pero ya se sabe cuán intuitivos y agudos son los niños. Ninita se dió cuenta al instante de que Sofía no iba a su casa a verla a ella ni a ninguno de los contertulios que se reunían allí. Ninita comenzó a observar a su marido. Como los niños a sus madres, lo amaba sin saber por qué, sin saber, al menos, si era feo o hermoso, tonto u hombre de ingenio. Ninita tuvo celos. Sofía despertó sus celos, pero unos celos muy «sui generis» como de muchacho cuya madre pretende casarse en segundas nupcias. Pronto se dió cuenta de que Víctor no parecía percalarse de las insinuantes miradas de Sofía. O si se percalaba hacía el tonto maravillosamente. Ninita abandonó su preocupación. Sin embargo Sofía no se descorazonaba. Por el contrario, el obstáculo opuesto pareció exasperarla. Advirtió desde luego la frialdad de Ninita para con ella y aunque no era tímida vaciló: ya se sabe que no hay nada más difícil de vencer que la antipatía de un niño. Como a los niños, procuró ir poco a poco conquistándola y fué tan aseQUIBLE y tan sumisa, que Ninita empezó a ceder. Con increíble tino fué adivinando poco a poco sus gustos y estudiando su carácter, hasta el extremo que dedicó toda su labor a la conquista de Ninita, como si en realidad Víctor no la preocupase. Coqueta experimentada, Sofía sabía coordinar sus ataques en todo lugar y circunstancias.

Sofía comenzó a ir más a menudo, eligiendo siempre las horas en que Víctor no estaba en casa. Cuando Ninita salió de su concha abandonando su actitud de caracol asustado, comenzó a mostrarse tal como era y a simpatizar con Sofía. Hablaba puerilidades, salía a ver ventanas y escogía en el Cine los programas cómicos. Sofía iba con ella siempre, fiel partícipe de sus gustos y opiniones. Ninita llegó a quererla de verdad, como nunca había querido a ninguna amiga; en cambio, Víctor parecía sentir por ella una violenta antipatía.

—¡Qué encantadora es Sofía!—solía decirle a su marido en las noches en que por puro mimo, reposaba en sus brazos hecha un ovillo.

Víctor no decía palabra.

—¿No es cierto, Víctor?

—¿Qué?

—¿Que Sofía es encantadora?

—¡Qué ha de ser!

—¿Cómo qué ha de ser?

—¡Qué ha de ser!, digo. Tú la quieres más cada día. No apruebo esa amistad.

Ninita hizo un puchero.

—¡Sí, claro! Como es buena y más complaciente que tú y se muere por mí, estás celoso.

—¡Celoso! Si supiera que te quiere de verdad, por ese sólo hecho la adoraría. ¡Ay, Ninita! Son muy pocos los que se mueren por nosotros. Dichosa tú que tienes siquiera una persona que efectivamente se muere por ti: yo, Ninita.

Ninita, escondida en los brazos de su marido, no decía nada. Víctor la besó. Ninita hizo un brusco gesto de enojo.

—¡No quieres que sea amiga de Sofía!

—Ninita, nunca he contrariado tu voluntad. Sé amiga de Sofía si te place. Digo que esa amistad no me gusta, pero es porque no creo en ella, de parte de Sofía hacia ti naturalmente.

—Sin embargo es bonita.

—No la encuentro....



—Es inteligente.

—Sí, indudable, es muy inteligente.

—Y yo... en cambio.

—Tú eres adorable. No admito ni un instante que te compares con ella.

—Pero yo no sé hablar de libros... Yo no soy inteligente...

Víctor se echó a reír.

—Tienes la inteligencia de no ser inteligente, Niníta, de no creerte inteligente. Eres deliciosa.

• • •

Víctor, mal de su grado, hubo de tolerar la irrupción de Sofía en su casa. Niníta arrendó una casa en la playa. Sofía marchó con ella. Insinuó a Niníta el interés que para ambas tendría un veraneo en común, y Niníta no supo resistir a esta idea. Víctor, mohino, se resignó.

Víctor era dado al trabajo en cuerpo y alma. Para él, estar quince días sin hacer nada, constituía un suplicio. Pero Niníta lo convenció que debía darse ese reposo. Víctor huía cuanto le era posible, en aquellas tardes vagas y adormiladas de la siesta, de la charla de las dos amigas. Niníta había llevado su album con ilustraciones de cinematógrafo y cuatro muñecas de su colección que constituían la envidia de Beatriz, la niña, que destruía las suyas con una desastrosa facilidad.

Sofía comenzaba a atender con menos interés a los caprichos de Niníta. Se negaba a subirse a los árboles en la quinta; bostezaba sin miramiento cuando Niníta echaba a correr botes de papel en la acequia con caracteres de arroyo que corría al fondo de la casa; no lograba discurrir nuevas ideas para las toilettes de Otoño de las muñecas, y se interesaba más en el herbario de Beatriz, que en el album de Cinq de Niníta Debbora.

En Niníta habían desaparecido los atisbos de desconfianza que manifestó en un principio. La actitud de Víctor, tan since-

ra y leal, no era como para mantenerlos. Y así, cuando dormía la siesta después de almuerzo, cuya invencible costumbre (hasta en ese detalle era totalmente un niño) no podía abandonar, insinuaba a Sofía que pasease con Víctor por la quinta, o se lanzara con él a dar un paseo por la playa. Sofía, al atisbo siempre de Ninita, se sentía amada por ésta, y el amor de los niños es siempre sincero y no fácil de desvanecer una vez producido; de modo que ya no se inquietaba por conservarlo con el afán de antes.

Ponía, pues, todo su empeño en atraer la atención de Víctor. Este por su parte se mostraba menos huraño. Víctor aseguraba que él podía vivir sin más amigos que los libros, pero en realidad no era así. En Santiago, rodeado de amigos constantemente por su situación de intelectual y periodista, le parecía que le estorbaban más de lo que le interesaban; pero totalmente separado de ellos y privado de su diaria labor, sentía una especie de vacío que no sabía cómo llenar.

A ratos se volvía como Ninita un niño, trepaba a los árboles con ella o pasaba dos horas entretenidísimo confeccionando volantines que después echaba al aire con la habilidad que le caracterizó de niño y que no había perdido. Se entretenía excursionando también, solo de preferencia, descubriendo rincones nuevos, trepándose a los cerros más altos o remando largas horas en el mar. Pero ya entrada la noche no sabía qué hacer. Ninita solía tejer a palillo y a veces proponía su juego de lotería. Cuando se negaban a acompañarla, leía con Beatriz cuentos de Calleja. Víctor bostezaba, Sofía también. Tendida en un diván que atracaba a la ventana a veces con luz muy tenue, a veces sin luz, miraba la noche y las estrellas o analizaba el disco de la luna haciendo cuchufletas acerca de los poetas que todavía le cantaban en serio.

Víctor, sin darse cuenta, le llevaba la charla. Ninita solía intercalar una observación aguda y fantástica.

Una noche, Sofía no pudo ya con velada tan sosa.

—¡Víctor, Ninita, hace una noche linda! La cursi de la luna

está realmente interesante ahora. ¿Vamos a la playa a mirarla un poquito?

Ninita estaba absorta en un solitario. Beatriz, muy atenta, no quitaba ojo de las cartas procurando encontrar primero que su madre la solución del mismo. Víctor fumaba arrellanado en un sillón.

—No está mala la idea, Ninita. ¿Vamos? ¿Quieres ir, Beatriz? Beatriz hizo un gesto con su manita para que su padre no la incomodase. Ninita bostezó.

—¡Por nada, por nada! ¡Vé tú! ¡He caminado más hoy en la tarde! Víctor. ¿Por qué no la acompañas?

Víctor declaró sin entusiasmo:

—Vamos; encantado, Sofía.

—¿No está usted cansado? Porque...

—¡No, no, no faltaba más. ¡Vamos! Es muy agradable. ¿De veras, Ninita no quieres venir? Podríamos caminar muy despacio...

Ninita ni siquiera alzó los ojos del naípe. Su cabeza de un rubio claro se unía a la cabeza castaña de Beatriz, en una misma atención desde la mesita. Para no alzar los ojos alzó la mano y los despidió prontamente con el deseo palpable de que la dejaran en paz.

—¡Abur! ¡Despejen!

• • •

Víctor, poco avezado al trato con mujeres, y menos a los «solos» con mujeres, caminaba bastante embarazado. Tenía la particularidad de que cuando algo le turbaba, salpicaba la conversación de lugares comunes o se falseaba completamente. Procuraba de hacerse una especie de personalidad de prestado, que se encajaba como caía, sin ninguna elegancia. Esa noche, por ejemplo, el brillo de la luna lo hizo echar pestes contra los burgueses. Se pintó como un pobre hombre descontento del medio, sofocado por una carrera aborrecida. (En realidad adoraba su carrera). Sofía, en cambio, no se encontraba en

su elemento sino en esa forma. Conversar con un hombre que le resultase atrayente era para ella el placer mayor. A veces a este placer no se mezclaba ninguna ambición de conquista, y hasta ninguna ambición sentimental. Este afán «solista» de Sofía, solía ser un simple deseo de espontanearse cerca de un pensamiento a quien suponía acogedor, comprensivo, nada más.

La playa estaba casi enteramente solitaria a pesar de la magnífica luna. Los veraneantes tenían de sobra con las tareas del día. Los latigazos salados del mar y las excursiones continuas, les dejaban los miembros laxos. Además, en las playas de moda, es una rareza encontrar veraneantes románticos. Bajaron a la arena. Atravesaron la parte seca en que el paso se hace difícil por lo flojo del terreno y se pusieron a caminar muy cerca de las olas, por las arenas apretadas y negras que parecían de níquel pulido en las partes en que la luna las hería de lleno.

Sofía, incorregible charlatana, marchaba sin embargo en silencio. Víctor, en cambio, a quien los silencios parecían de pésimo gusto cuando no peligrosos, se esforzaba en llenarlos con todo género de observaciones. Si la luna hubiese sido más potente o Víctor más sagaz, habría leído en el rostro de Sofía el casi sufrimiento que le ocasionaba con su charla vana.

Agotado el campo de las observaciones, Víctor empezó a hacer preguntas. Sofía no pudo más y lo interrumpió.

—¡Víctor, cálese por favor! Me cuesta hablar, pero si quiere hacérseme grato, déjeme apoyarme en su brazo. Este pasco es encantador y de esta manera me fatigo menos.

Víctor se lo ofreció enfurruñado.

Para sus adentros pensó:

—Estas malditas mujeres que se adjudican a sí mismas un temperamento, sin más objeto que adjudicarse también el derecho de juicio, son insoportables. No se puede saber realmente qué actitud tomar enfrente de ellas. ¡Qué terrible debe ser el rol de marido de una mujer como esta! ¡Ninifa, Ninifa, eres cien veces deliciosa!

Naturalmente Víctor no se atrevió a despegar los labios otra vez. Sofía caminaba abstraída. Marchaba con la frente inclina-

da como poseída de una preocupación muy honda. De repente, se volvió hacia Víctor, al mismo tiempo que hizo una ligera presión en su brazo con el peso de su cuerpo que se aproximó más. Víctor se estremeció, es imposible decir si de placer o de disgusto. Sofía melió un poco la cabeza bajo su calañés, y lo miró a los ojos, unos bondadosos ojos castaños que fulgían con unos falsos reflejos diabólicos bajo el equívoco resplandor de la luna.

—Victor, yo soy una mujer inteligente...

Víctor suspiró.

—Victor, usted es un hombre inteligente.

Víctor se echo a reír y no pudo menos de responder;

—¿Está usted segura, Sofía, de que somos inteligentes? Por lo que a mi respecta me caben la mar de dudas...

—Déjese usted de ironías conmigo, reprochó Sofía con un gesto de enojo. Este comienzo, después de un silencio impuesto por mí, parece una ridiculez, pero es que no me deja continuar.

Desarrugó el ceño, y continuó con voz afable, como en tono de broma:

—Quedamos en que somos inteligentes usted y yo. Esta necia observación, viene al siguiente caso: Yo necesito explicarme con usted y no creo que vengan a cuento preliminares ni ambajes. No creo que usted ni yo los necesitamos.

Víctor alarmado la miró. Esa misma carencia de ambajes y preliminares, lo sumía a él en una terrible angustia. Sin duda él no era inteligente como Sofía le hacía el honor de suponerlo.

Por su parte, a pesar de su audacia, Sofía demostraba una timidez desacostumbrada. Rumiaba en el fondo un sinnúmero de ideas extravagantes. A lo mejor, Víctor resultaba un incomprendido total. Pero no, al declararle ella que lo estimaba inteligente, no había pretendido en forma exclusiva ser amable con él. Lo juzgaba realmente así. Además, a pesar de su aire burgués y de su aparente contentamiento junto a la curiosa criatura que tenía por esposa, se le figuraba un insatisfecho. Por otra parte, siempre se le había demostrado hostil. Sofía creía haber hecho cuestión de

amor propio el vencer esa hostilidad, aunque en este punto ella se equivocaba. Hacía cerca de tres meses que Víctor constituía su obsesión continua. ¿Qué es lo que era aquello, si no era amor? ¿El deseo de romper el juguete para ver lo que tiene dentro? ¡Quizás, quizás! pero no era cosa de dejarlo de lado ahora que lo tenía en sus manos.

—Víctor, ¿se conduce usted así por honradez o porque le parezco detestable? Quiero a esta pregunta una respuesta sincera. Tenga usted valor.

Y para dárselo, Sofía se hizo todo lo más pesada que pudo sobre el brazo de Víctor. Su cabeza desnuda cuyo color obscuro plateaba la luna, rozaba casi el hombro de su compañero, mareándole con su penetrante perfume. Víctor dominó de golpe su turbación.—Es ridículo—pensó—que me deje dominar así por los caprichos de una coqueta. ¿Lo quería sincero? Pues... A su vez se inclinó, y se encontró inopinadamente con el rostro de Sofía vuelto hacia él. No hay duda que la luz de la luna tiene mucho de bruja. Sofía nunca le había parecido bonita y ahora... La luna plateaba también sus mejillas y las empolvaba de espectralidad y desfallecimiento, tornando como desvanecido el contorno de la boca y proyectando en cambio una extrema viveza y luminosidad en las pupilas, que recogían, para multiplicarlos, todos los rayos de la luna en sus cristales cóncavos.

Le acometió la vaga tentación de besarla, pero se contuvo. «Era ridículo».

—Víctor—Sofía tuvo el instinto de que había ganado terreno —Víctor, yo sé que usted no me quiere bien. No lo niegue, es inútil! Y lo peor de todo es que sé que me cree usted falsa. Todo lo que viene de mí le parece a usted mentira. Sé que me va a abofetear usted con ese pensamiento, pero necesito decirle... no sé cómo expresarme para no caer en la enorme siufiquería de los amores no correspondidos. Víctor, usted me entiende. Confésteme a esto sólo: ¿me cree usted?

Su voz experimentó un casi imperceptible cambio. Víctor prefirió no mirarla para contestar:

—No.

El mar rumoreaba muy mansamente su cantata.

Sofía esperaba esta respuesta, de modo que no hizo gesto alguno de sorpresa o disgusto.

Se limitó a contestar con una apacible tristeza:

—Sin embargo, Víctor, es verdad.

Metió su mano pequeña en el hueco de la mano firme, se la llevó a los labios y la besó.

Víctor no pudo ya contenerse. Rodeó con su brazo fuerte el cuerpo flexible y redondo que cedió inmediatamente a su presión.

—Sofía, si esto fuera cierto...

Con toda naturalidad, Sofía se plegó a él totalmente y continuó caminando con la cabeza apoyada en su hombro.

La luna les daba de lleno como si alguien se encargase de seguir sus siluetas unidas para proyectarla especialmente sobre ellos. Sin miedo a ser sorprendido por una mirada indiscreta, en plena claridad lechosa de luna, Víctor le alzó el rostro con los dedos y la besó en la boca. Ella caminó unos cuantos pasos en la punta de los pies para no interrumpir el beso.

—Eres perversa, Sofía, dijo Víctor estrechándola con fuerza como si pretendiese abrazarla o pegarle.—De todas maneras, jamás un beso me ha producido tan honda impresión.

Sofía le dijo muy seria, con aire un poco suplicante:

—¿Puedo esperar que me quieras un poco?

—Jamás. Yo sólo amo a Ninita...

—Víctor, para ser sincero, no hay necesidad de serlo con tanta aspereza. Podrías haber suavizado...

—No quiero engañarte. Adoro a mi mujer. Lo que me has obligado a hacer, constituye para mí un hondo remordimiento.

Sofía se echó a reír, pero su risa no parecía alegre de verdad.

—Eres un idiota. Lo único que me falta, es pedirte perdón por el beso que he consentido en darte.

Sus ojos pardos, alzados para encontrar los de Víctor, se embellecían con la dulce claridad lunar.

Víctor la besó de nuevo con violencia, casi con odio. Su mano se crispó en la cintura frágil.

—Vamos.

La arrastró hacia la casa. Continuaban caminando abrazados. Cuando quedaban unos pocos pasos antes de subir al camino, hundidos en la arena hasta los tobillos, Víctor la besó todavía cien veces con un loco ardor.

Ya en la calle se separaron un poco.

Mientras más se aproximaban a la casa, Víctor parecía más preocupado. Sofía no se mostraba por otra parte mucho más expansiva.

Llegaron. Víctor hizo un ligero ruido de llaves. Abrió la puerta. Entraron directamente al hall que continuaba tan iluminado como cuando se fueron. Con lo primero que tropezaron los ojos de ambos, fué con el cuerpo de Beatriz, que dormía profundamente con la cabeza caída en el mismo brazo del sillón desde donde había estado presenciando las maniobras de Ninita para sacar el solitario.

En cuanto a ésta, apenas si había mudado de actitud. Con los brazos cruzados sobre la mesa los miró llegar con el rostro terriblemente enfurruñado. Las cartas estaban en el suelo, sembradas al azar y hechas pedazos.

Víctor se sobresaltó. Sofía palideció ligeramente. Ambos se miraron sintiéndose culpables.

Víctor, con la lengua trabada y sin osar acercarse, interrogó:

—¿Qué es eso, Ninita, qué ocurre?

Ninita con sus grandes ojos clavados en Víctor no hizo un movimiento.

—Ninita, me asustas, ¿qué ha pasado?

Ninita, sin moverse, ni cambiar un punto la expresión trágica de su fisonomía y de su mirada, dijo:

—No he podido sacar el solitario...

Víctor, todavía vacilante, avanzó un paso más.

—¿Y?...

Ninita se puso en pie de un salto y corrió a refugiarse llorando en los brazos de Víctor.



—¿Y... le parece poco?

Victor se echó a reír.

—Pero Ninita, ¿es posible? Mañana sacaremos uno los dos.

Como lo único que tenía a su alcance eran sus cabellos, (la cara había desaparecido totalmente pegada al pecho de Víctor) los besó con ternura varias veces sin mirar a Sofía.

Esta, quieta, los miraba hacer con una ligerísima sonrisa de expresión intraducible.

Como Ninita abultaba poco más que Beatriz, Víctor la cogió en brazos y se volvió a Sofía.

—Voy a dejarla en su cama. Luego vuelvo por la niña.

Victor subió al dormitorio y la depositó junto al lecho muy dulcemente. El rostro de Ninita, desanubarrado, sonreía como suelen sonreír los niños, entre una ahilada cortina de lágrimas.

—Acuéstale, tonlísima—reprochó Víctor riendo y ya tranquilo. Voy por Beatriz que se durmió allá abajo.

Salió. Sofía como petrificada, no se había movido ni había hecho desaparecer su levisima sonrisa.

Victor fué a ella directamente.

—¿Has visto, Sofía? No se puede traicionar a los niños. Ni yo ni tú tendríamos el valor de hacerlo. Sofía, te suplico, busca un pretexto y vete mañana... Yo lo siento, pero...

Sofía no varió de expresión un punto. Víctor cogió a su hija en brazos, y antes de subir, se dirigió aún a Sofía:

—Buenas noches, Sofía...

Sofía, como despertada súbitamente, respondió:

—Buenas noches.

Victor subió.

Sobre la fisonomía de Sofía, la sonrisa se mantenía inalterable.

Tal vez era aquella la única vez que Sofía se había sentido sinceramente enamorada. Y sin embargo...